

Cuadernos del Sur

Año 16 - Nº 30

Julio del 2000

Tierra  fuego
del

Afirmar los avances técnicos y científicos, liberándolos. Superar el atraso e ignominia de la sociedad, subvirtiendola

Angel L. Fanjul

Sin memoria histórica no es posible intentar diseñar el camino del futuro. Por eso la importancia de una mirada retrospectiva. El siglo XX se caracteriza por un proceso ininterrumpido de revoluciones, contrarrevoluciones, guerras. Es la vigencia, en lo social y político, de la dialéctica de construcción, destrucción, caos, reconstrucción. La visión retrospectiva del siglo, debe abarcar la comprensión de los grandes cambios operados en los distintos planos superestructurales de la sociedad, sea en la civil o política, en cada fase de esta dialéctica.

Si nos limitáramos a constatar que ninguna de las revoluciones de ese siglo llegó a buen puerto, estaríamos sosteniendo una concepción estrecha de las mismas. Al decir de Trotsky, *“las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de sociedad*

nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja”.

Las revoluciones, cualquiera fuera su carácter, en cuanto irrupción violenta de masas para asumir en sus manos su propio destino, han puesto a luz, que en mas de una ocasión, los seres humanos osaron echar abajo el orden constituido para avanzar hacia otra civilización. Tal objetivo no fue alcanzado aún. A pesar de su heroísmo, la revolución ha sido derrotada por la contrarrevolución. Pero la historia no vuelve al punto de partida. A pesar de las derrotas, hay una experiencia que se incorpora a la memoria humana, en lo social, político y cultural. Cuando nuevas insurgencias se operen, esta memoria estará presente.



Los progresos científicos y técnicos del siglo XX

Pero no solamente medimos al siglo XX como aquél en que los seres humanos osaron por cambiarlo, sino también por ser el siglo donde la práctica histórica social del trabajo, traducida en la ciencia y en la técnica, adquirió niveles insospechados. El siglo que dejamos es aquél donde los progresos del ser humano para comprender las leyes que gobiernan la naturaleza, y su propia naturaleza, es superior a todo lo logrado por la humanidad hasta ese siglo. Basta una mirada retrospectiva, en el siglo XX logra el sueño de la mitología griega con Icaro de desprender al ser humano de su sujeción a la tierra. En sólo un siglo desde los hermanos Wright a los vuelos interplanetarios se ha dado un salto cualitativo incuestionable. También es el siglo de Marie y Pierre Curie, de Einstein, de Fleming, de Salk y Sabin. Es el siglo de Sigmund Freud y del psicoanálisis que al decir de Trotsky "levanta la tapa del tarro



de basura del alma". Es el siglo del primer Sputnik, con la Laika. Es el siglo donde el ser humano pisa la luna.

Es el siglo de la fisión y fusión atómica liberando energías extraordinarias. Es el siglo del descubrimiento del mapa genético, de la clonación, del genoma humano.

Es el siglo de la computación y la telemática. La dimensión de estos progresos técnicos y científicos juegan un papel incuestionable en el camino del ser humano hacia su liberación, por cuanto contribuyen a romper el oscurantismo, la idea de lo fatal, de lo místico y religioso.

Pero este progreso científico y técnico, que no es resultado solamente de mentes geniales, sino que es la síntesis de la práctica histórica social del trabajo, es apropiada por el Capital en función de su cuota de ganancias y es utilizada como instrumento de dominación y opresión del ser humano. Lejos de la liberación conduce a la barbarie. La fusión atómica en el genocidio de Hiroshima y Nagasaki. La cibernética y la robotización para la guerra de destrucción (Irak, Kosovo, Chechenia, etc.) El desarrollo de las fuerzas productivas se traduce en el hambre y la exclusión social de un número creciente de la humanidad.

Esta contradicción entre el avance técnico y científico y la

realidad social condujo a Walter Benjamin en su "Tesis sobre el concepto de la historia" a decir (...) *"A esta concepción del trabajo no le preocupa saber en qué medida los productos de este trabajo sirven a los propios productores, que no pueden disponer de ellos. Sólo tiene en cuenta el progreso en el dominio sobre la naturaleza, no las regresiones de la sociedad"*. Compartimos el concepto de Walter Benjamín en que no es posible identificar los avances técnicos y científicos y sobre el dominio de la naturaleza sin considerar la regresión social. Frente a la catástrofe que se anuncia, Walter Benjamin y muchos otros marxistas sostienen la necesidad de poner un freno al tren del progreso antes que éste se precipite al abismo. Sin embargo, hasta ahora se ha mostrado la imposibilidad de poner freno a la aspiración del ser humano de alcanzar una comprensión totalizadora y la búsqueda de lo absoluto. Ni el terrorismo de la Inquisición, pudo impedir la lucha del ser humano por comprender, fuera de las categorías religiosas y fundamentalistas de todo tipo, la naturaleza de las cosas, sus leyes, su dialéctica, su transformación. El progreso del conocimiento dará,

en el siglo que comenzamos a transitar, saltos cualitativos cuyos resultados mostrarán que lo alcanzado hasta hoy y que provoca nuestra admiración, es pequeño.

Es que la realidad nos está mostrando que el producto de la inteligencia masiva, más que ser frenado, debe ser expropiado al expropiador y devuelto a la sociedad. Es que el Capital además de expropiarlo, lo limita y distorsiona, basta referirnos a la disputa entablada hoy entre los grandes monopolios, por la propiedad intelectual, con fines de lucro, del descubrimiento del genoma humano. Por ello, uno de los objetivos centrales que resultan de la mirada retrospectiva es afirmar la lucha por el desarrollo armonioso de la ciencia y de la técnica, liberándola del dominio privado del Capital.

La primera premisa del marxismo, es que la crítica a la sociedad comienza por la crítica a la religión. El conocimiento y dominio de las leyes que gobiernan el desarrollo de la naturaleza y la capacidad de orientarlas y transformarlas alienta el cuestionamiento de las leyes que gobiernan las relaciones sociales entre los seres humanos, las bases materiales existentes y la

posibilidad y necesidad de transformarlas. La distancia entre el conocimiento técnico y científico con la realidad social lleva a rechazar esta última como oprobiosa e ignominiosa. Como dice John Holloway “abolir la idea de dios revela que el humano es el centro del universo social: el humano es su propio verdadero sol.”

Siglo XX: revoluciones, contrarrevoluciones, guerra.

En su programa de transición, León Trotsky caracteriza el siglo como el de las revoluciones, contrarrevoluciones, guerras coloniales y de exterminio. A la osadía y grandeza de la Revolución de Octubre, al levantamiento cosejista de Italia, al movimiento espartaquista de Rosa y de Carlos Liebnetch, les siguieron las contrarrevoluciones fascista y nazista, la segunda guerra mundial, el exterminio de millones de seres, el holocausto. A los Soviets, le siguió la contrarrevolución estalinista, con sus Tolyma, sus goulaks, sus hospitales psiquiátricos. A la guerra civil española de “Tierra y libertad”, le siguió la falange y el franquismo.

La mirada retrospectiva al siglo XX sería mezquina, si nos limitáramos a la verificación de la

irrupción violenta de las masas y de lo que alcanzaron, sin extender esta visión a una comprensión más totalizadora de la revolución. Sobre este aspecto cobra toda su dimensión el aporte de Gramsci sobre los planos superestructurales de la sociedad. La Revolución no solamente cuestiona el poder del Estado, sino que transforma el otro nivel superestructural de la cultura, de la familia, de los contratos, de las relaciones sociales en la sociedad civil. Cada una de estas instituciones las concibe como casamatas de defensa del Estado capitalista. Un ejemplo de ello es el Mayo francés.

En efecto, qué fue el Mayo francés de 1968. ¿Fue una Revolución? ¿Se trató de un ensayo general y se frustró? La respuesta resultará de la comprensión de qué es una Revolución y en qué planos supreestructurales se opera. Los objetivos del Mayo del 68, traducidos en sus originales consignas como “La imaginación al Poder” “Prohibido prohibir” contra la discriminación sexual, etc., abarcan no sólo el enfrentamiento al poder napoleónico, verticalista, autoritario de la Va. República de De Gaulle, sino



también un levantamiento contra la estructura de la vieja sociedad civil. En el Mayo francés, las jóvenes generaciones se lanzaron al asalto procurando destruir las múltiples casamatas que rodean como fortalezas estratégicas el poder central del Estado. Y tomaron más de una, destruyeron más de una y establecieron las bases de un nuevo nivel cultural y de una profundización de la democracia, entendiéndola como movimiento social. Los objetivos finales del Mayo francés no fueron alcanzados, pero las conquistas de las casamatas y su destrucción no regresó jamás. Sobre sus bases se construyeron y desarrollaron poderosos movimientos sociales, autónomos: el movimiento feminista, la ecología, la extensión y profundización de la ciudadanía política y social. Emergen así nuevos sujetos sociales que junto al histórico de los trabajadores plantean hoy una nueva dimensión del concepto de lucha de clases, un nuevo concepto de democracia, un nuevo concepto de organización, un nuevo concepto del Estado y una nueva definición de la lucha por el poder.

La dialéctica del Mayo francés es la misma que alienta al Che Guevara en su lucha contra la burocracia estalinista en el mundo

y en Cuba, es la misma que vive en la Primavera de Praga, y preanuncia la derrota del imperialismo norteamericano en Vietnam y la resistencia polaca contra Jarucelsky, minando los cimientos del muro de Berlín.

Y en la última década del siglo, en esta dialéctica ininterrumpida de revoluciones y contrarrevoluciones, emerge en Chiapas, Méjico, la insurgencia zapatista representada por el Subcomandante Marcos, que tanto en sus formulaciones políticas como en su praxis expresa una profunda reflexión sobre la experiencia de este siglo. Es profundamente anticapitalista, con una clara denuncia de la ignominia de la época, con el claro objetivo de lucha por la dignidad humana. Si entendemos al marxismo como teoría de la negación, la lucha de los insurgentes zapatistas por los derechos de los indígenas y por negarse a ser considerados cosa, integra el movimiento en la lucha de clases mundial. Nos plantea una nueva concepción sobre la Revolución, su objetivo, su dinámica, sus sujetos. No se propone y lo dice abiertamente conquistar el poder, pretende destruirlo, restableciendo el poder al ciudadano. Su formulación y su praxis no se ajusta a las categorías

o modelos tradicionales de la Revolución, su propio portavoz lo dice: no es guevarismo, no es fidelismo, no es leninismo. Nutre su experiencia en todos ellos, pero se lanza en un camino nuevo, no recorrido hasta hoy. Enfrenta y denuncia la concepción elitista y sustitucionista de los partidos de vanguardia, que resume en su frase: "que manda el que obedece y se obedece mandando". Renuncia a toda concepción jerárquica, es el subcomandante, porque hay un comandante y el comandante es la colectividad a la que obedece. Desde el llamado de la selva de Lacandona hasta la convocatoria a una Conferencia mundial para la lucha contra el neoliberalismo, el movimiento insurgente de Chiapas plantea a la faz del mundo, la necesidad de un nuevo internacionalismo, que abarca desde las clases oprimidas y explotadas hasta los movimientos sociales autónomos. Esta iniciativa tuvo una nueva expresión en el movimiento de Seattle, Washington, Londres, etc.

Esta experiencia no ha concluido al cerrarse el siglo, más aún

denuncian que el poder los tiene cercados y amenaza con intentar aplastarlos. De todas maneras, cualquiera sea su suerte, que es la nuestra, Chiapas incorpora interrogantes sobre las experiencias pasadas y el desafío de avanzar a la definición de una nueva transición en este mundo globalizado.

El balance del siglo XX, con la barbarie conviviendo con el régimen, no nos autoriza a una visión subjetiva, optimista o pesimista. Nos constriñe a extraer audazmente las enseñanzas de lo ya vivido para lo que hay que vivir.

El objetivo es más complejo y difícil que lo imaginado. Quizás no baste con subvertir el mundo, poniéndolo de pie, sino lanzarnos a la osadía de construir otro mundo. La supervivencia de la especie humana impone extraer de las grietas de la sociedad actual los elementos para construir esa nueva sociedad. Esto puede ser calificado de utópico, pero al decir de Ernest Bloch se trataría de una utopía concreta, reivindicando el derecho de soñar con los ojos abiertos.